

RECENSIONES REVIEWS

PEÑALVER, Xabier; SAN JOSÉ, Sonia y MUJIKALUSTIZA, Jose Antonio (eds.) (2017): *La cueva de Praileaitz I (Deba, Gipuzkoa. Euskal Herria). Intervención Arqueológica 2000-2009*. Munibe Monographs. Anthropology and Archaeology Series, 1. San Sebastián: Sociedad de Ciencias Aranzadi, 541 pp. ISBN: 978-84-945560-1-2. Texto completo disponible en http://www.aranzadi.eus/wp-content/themes/aranzadi/monographs/Munibe_MAA_01.pdf.

Los expertos Xabier Peñalver y Sonia San José, del Departamento de Arqueología Prehistórica de la Sociedad Aranzadi de San Sebastián, y José Antonio Mujika-Alustiza, del Área de Prehistoria de la Universidad del País Vasco, Vitoria, han editado –o sea, organizado y distribuido responsabilidades y coordinado resultados– las 541 páginas de texto de esta completa monografía interdisciplinar sobre la ocupación y funciones en el Paleolítico Superior de la cueva de Praileaitz I. Son 23 textos particulares aportados por 38 especialistas los que integran –al modo de los capítulos de un volumen– esta ‘memoria de excavaciones’.

Los primeros tres textos están firmados por Peñalver, San José y Mujika-Alustiza y presentan la intervención arqueológica y el yacimiento –estratigrafía y distribución en plantas–. El equipo de excavadores trabajó en la cueva durante más de treinta meses, a lo largo de la década 2000/2009, levantando la mayor parte del sedimento depositado en una superficie de 191 m², con una estricta aplicación del sistema de coordenadas cartesianas. Se proporciona una descripción muy detallada de lo actuado y visto y un envidiable aparato gráfico: los planos de Peñalver –digitalizados por J. Calvo–, fotografías de X. Otero y dibujos de materiales por J. Alonso –aquí y, luego, en otros capítulos– son ejemplares.

Me parece demasiada la discreción de los tres editores autores que ahorran –ya la historia de la Arqueología interesan más detalles sobre gestiones e irregularidades administrativas del ‘caso Praileaitz’!– pormenores del largo, enconado y desagradable proceso de gestión de la excavación y consiguiente conservación de las ocupaciones del sitio en sus dos cavidades: la I, donde se trabajó entre 2000 y 2009 y a cuyos trabajos se dedica esta memoria –con una intervención posterior desde 2012–, y la II, donde se hubo de actuar ‘de urgencia’ en 1988 y 1989. Aquí se han enfrentado (como en no pocos otros importantes testimonios arqueológicos) los investigadores de Praileaitz –con el protagonismo constante de Peñalver, director de la excavación y aguerrido defensor del valor patrimonial del sitio– a irreductibles intereses económicos y a una ambigua y no muy decidida disposición política. Aniquilado el valor patrimonial de este singular sitio prehistórico –‘volado’ ya el espacio Praileaitz II y en su momento destinado a ser ‘engullido’ por la cantera de grava Praileaitz I–, las ejemplares excavación e investigaciones anexas sobre lo que aquí se conservaba han conseguido, por fin, recuperar e interpretar restos de las actividades y algo del sentimiento de quienes lo ocuparon hace milenios.

Seis zonas diferentes del tercio anterior de la cueva conservaban restos de ocupaciones humanas de intensidad y duración variables. Desocupada por las gentes aquí se guarecieron carnívoros y refugiaron aves –a cuyos restos acompañan los de los macro- y microvertebrados que apresaban y aquí consumían–. Bastante al fondo de la cueva se emplaza el efectivo pintado de un discreto ‘santuario rupestre’.

En este tiempo en que no es infrecuente que al excavar sitios paleolíticos se supongan –incluso se inventen– ‘estructuras de ocupación’ –agujeros de

postes, espacios de evacuación o de reserva, empedrados, hogares, etc.—, esta monografía sobre Praileaitz I aplica una praxis ejemplar del reconocimiento de alteraciones y dispositivos —‘suelos’ y ‘hogares’ con restos de carbones, algunas industrias y fauna consumida/ble— de los espacios ocupados por el hombre en sus estancias, aunque sean breves, en la cueva. Es complejo el acondicionamiento de todo el espacio vestibular en el Magdaleniense Inferior. Consta de: un empedrado completo uniforme —formado por clastos calizos de dimensiones pequeña y media—; un hogar ovalado cavado en cubeta —planta de 1,5 x 1 m; profundidad de 12 cm— que contiene —y al que también desbordan— carbones, piedras enrojecidas, restos óseos —de ciervo y caballo— con marcas de carnicería, industrias lítica y ósea y colgantes; un asiento —gran bloque de caliza bien calzado con alguna piedra menor— adosado al hogar; y tres piedras planas accesorias —entre asiento y hogar— colocadas acaso para apoyar los pies de alguno de los sentados.

Se califica la presencia humana en Praileaitz como liviana, fugaz y, a veces, difícil de contextualizar. El reconocimiento de decisivos fósiles característicos de piedra y hueso/asta —estudiados por Mujika-Alustiza en un completo texto monográfico— y el apoyo de 26 dataciones absolutas definen con seguridad la diacronía de esa presencia: primeros asentamientos —con mezcla de referencias al Paleolítico Medio y al Gravetiense (Nivel II), Solutrense avanzado (Nivel III), Magdaleniense Inferior (Nivel IV: “ocupación importante en una o varias breves estancias”— superpuestos inmediatamente al depósito precedente, Magdaleniense Superior-Final (Nivel III: de ocupación “efímera”) y Epipaleolítico (Aziliense probable).

A. Aramburu, M. Arriolabengoa, E. Iriarte, I. Vadillo, P. Areso y A. Uriz afrontan el protocolo habitual, en grado de excelencia, de determinación de las circunstancias de formación del sitio y sus depósitos: geomorfología de la cueva y su medio, hidrogeología, sedimentología —granulometría y mineralogía— y definición paleoclimática de la estratigrafía. J. M. Edeso-Fito y Mujika-Alustiza aportan una minuciosísima descripción de morfotopografía

de las costas del Cantábrico oriental —con las consiguientes reflexiones sobre fluctuaciones climáticas y de niveles marinos— en el Pleistoceno Superior y el Holoceno.

Desarrollan A. Rodríguez-Miranda, A. Lopetegui-Galarraga y J. M. Valle-Melón una precisa modelización tridimensional —topografía, fotogrametría, anáglifos...— de la cueva. El restaurador G. Studer presenta el proceso de elaboración de un molde/réplica completa de un suelo/hogar epipaleolítico.

La muy mala conservación de esporas/pólenes limita el análisis palinológico encargado a M. J. Iriarte-Chiapusso. A la contra, el estudio sobre macrorrestos vegetales por M. Ruiz-Alonso y L. Zapata dispone de una muestra discreta de carbones de robles caducifolios —más algo de avellano y enebro/sabina— producidos por fuegos en ocupaciones cortas del sitio. No se reconocen evidencias de que aquí se procesaran o consumieran alimentos vegetales.

Los estudios de fauna se reparten en sendos inmejorables textos sobre macromamíferos —por P. Castaños y J. Castaños—, microvertebrados —por N. García-Ibaibarriaga, S. Bailón, J. Rofes, A. Ordiales, A. Suárez-Bilbao y X. Murelaga—, aves —por M. Moreno-García—, peces (por E. Roselló y A. Morales— y conchas marinas —por S. Rigaud, F. d’Errico y M. Vanhaeren—. Es nula —en el caso de las faunas terrestres macro- y micro- y aviaria— o muy limitada la responsabilidad de las gentes que ocuparon la cueva en el aporte de esos restos. Debieron ser depredadores —lobo sobre todo— los que cazaron en los alrededores y acumularon y consumieron aquí sus piezas herbívoras. El reducido lote de restos de peces —truchas de río— aparece junto a hogares y se explica por una “recurrente actividad antrópica pesquera” en aguas dulces colindantes. En un tiempo concreto —‘del’ Epipaleolítico— alguna expedición a la costa recogió conchas de *Littorina* (*littorea* y *saxatilis*) y las abandonó en una zona de la cueva, a modo de una ‘reserva de materiales’ acaso para la producción de colgantes por perforación —que no llegaron a consumarse—.

A la morfología —tipo- y tecnología— e interpretación de las manifestaciones de la cultura material se dedica lógicamente la mayor parte de las monografías

integradas en el volumen. Mujika-Alustiza se encarga del estudio formal y de determinación cronocultural de las industrias líticas y óseas. La mayoría –en un 85%– del sílex empleado en las industrias de Praileaitz –según su estudio por A. Tarrío– se tomó de los afloramientos del vecino *flysch* costero –suministro completado por cantidades testimoniales de material de Treviño, de Urbasa y de Chalosse: cortejo recurrente en el Paleolítico Superior vasco–.

Entre las escasas manufacturas óseas destacan algunos punzones y azagayas (decoradas con aplanamiento central, de base hendida, etc.), bastón perforado, arpón, anzuelo, tres dientes de cabra perforados... estudiados por Peñalver y Mujika-Alustiza.

La ocupación de la cueva en el Magdalenienso Inferior se califica de efímera, de acuerdo con el corto efectivo de restos industriales y de fauna aportada por las gentes. La entrega más llamativa de este depósito son, desde luego, elementos de cultura ‘simbólica’: dientes y cantos de piedra perforados, fragmentos de lápices de ocre y aplicaciones de pintura rupestre.

Es muy importante la colección de colgantes. Junto a los tres tan parecidos incisivos de cabra con doble perforación bicónica –que estudian exhaustivamente M. Vanhaeren y F. d’Errico proponiendo que formaran parte de un mismo collar– está el excepcional lote de cantos perforados a los que se dedican en 74 pp. –con inmejorables versiones dibujadas por J. Alonso y macrofotografías de d’Errico y Vanhaeren– dos textos impecables: uno –que firman Peñalver y Mujika-Alustiza– con la definición completísima de sus caracteres formales, el otro –por d’Errico, Vanhaeren y A. Queffelec– con análisis de morfología –materia prima, técnica de las perforaciones y marcas de decoración– y de traecología del uso con una minuciosa localización de los elementos del collar y la sugestiva propuesta de engarce de sus piezas.

Son 29 los cantos de piedra negra –lutita–, agrupados en lotes menores en varios suelos del Magdalenienso inferior. Mayoritariamente son aplanados y alargados y portan marcas perpendiculares en series sobre sus bordes o, menos, en sus caras planas; en el volumen oblongo masivo de uno se habría sugerido

la forma de un diente de animal y en la silueta modulada naturalmente de otro la de alguna venus en marfil –se proponen ítems de Lespugue y Kostienki–. Destaca espacialmente el conjunto de 14 piezas concentradas en un reducido espacio de la primera sala interior: con seguridad se integraban en una sarta –como collar– o en serie de colgantes prendidos a la ropa –atendiendo las huellas de su uso, en propuesta de d’Errico, Vanhaeren y Queffelec–. En el contexto del mobiliario paleolítico eurasiático hoy conocido, resulta excepcional la tipología de estas piedras perforadas de Praileaitz. Más aún en muy pocas ocasiones una excavación ha recuperado en proximidad el número suficiente de piezas que integraban un mismo ‘collar’ u otro dispositivo ornamental compuesto. Traigo a colación entre esos casos excepcionales, aparte de los recintos funerarios donde a los depositados acompañaba un efectivo variado y numeroso de colgantes –como en las paradigmáticas tumbas I de Sungir I o II de Brno–, los escasísimos ‘collares’ presentes en depósitos domésticos como Pavlov I, Brillenhöhle –gargantilla de marfil con dientes perforados colgantes–, Petersfels –lote de catorce similares estatuillas femeninas perforadas de piedra– o, en lo más próximo, el sitio pirenaico de Labastide –cuya prospección arqueológica sólo dio con un conjunto de diecinueve contornos recortados y perforados en hueso hioides con figuras de cabezas de bisonte (uno) y de cáprido–.

El análisis funcional de utensilios y lascas de sílex del Magdalenienso Inferior –por I. Clemente, V. García y A. Vila– identifica las marcas producidas en ellos por actividades de subsistencia –proyectiles de caza, acciones de carnicería y desarticulado de las piezas y de manufacturas de hueso y pieles–. Ninguno de los instrumentos líticos revisados se empleó para la decoración –marcas rectas– del importante lote de colgantes aquí presentes.

El análisis por Queffelec, d’Errico y Vanhaeren de dos fragmentos de colorante rojo –ocre alóctono– los define como lápices aplicados sobre un material blando.

M. García-Diez y B. Ochoa estudian un dispositivo parietal iconográfico en pintura roja, concentrado en un espacio retirado y de acceso no fácil

en el interior de la cueva: ocho unidades gráficas simples –lineales rectilíneas y puntos– ejecutadas unas por digitación/tamponado y otras por digitación, pincel o lápiz. Sin que pueda alcanzarse, por su sencillez, otra precisión cronológica se asegura su proximidad formal y técnica a acreditados conjuntos paleolíticos peninsulares.

Un expresivo texto final, que firman Peñalver, San José y Mujika-Alustiza, aúna lo esencial de lo expuesto por el conjunto de cooperadores en las monografías precedentes y asienta un argumento lógico sobre su integración en la ecúmene del Paleolítico Superior occidental. La muy cuidada reflexión sobre patrones espaciales del paisaje y las relaciones intraterritoriales del sitio, por J. M. Edeso-Fito y Mujika-Alustiza, argumenta la existencia en las cuencas bajas de los guipuzcoanos Urola y Deva de uno de los densos y privilegiados ‘territorios’ del Paleolítico Superior en este rincón del continente. En este espacio se integran, en lo hasta ahora conocido, una docena de asentamientos: junto a Praileaitz 1, los sitios ‘mayores’

Ermittia, Urriaga, Ekain o Amalda y los otros adelantados –de prospección anterior o excavaciones recientes o en curso y con notas de presentación no definitiva– de Zerratu, Kiputz IX, Iruroin, Imanolen Arrobia, Latsurregi, Aizkoltxo, Aldatxarren, Astigarraga, Langatxo...

En fin, es justo calificar el conjunto del volumen como modélico en la articulación de sus partes en sus textos y aportes gráficos, cabal y actualísimo en la analítica empleada y muy razonado y convincente en sus reflexiones. No menos importante es, al hojearlo y aprender tanto de sus páginas, disfrutar de un ejemplo tangible de irreprochable presentación en papel impreso y esmerada edición –¡que continúen en las futuras entregas de la serie que este texto inicia!–, frente a la norma globalizadora del soporte informático que, de habitual, escatima páginas y exige condensar –si no eliminar– datos y razonamientos.

Ignacio Barandiarán Maestu
Área de Prehistoria
Universidad del País Vasco